

¿Supremacismos? Nadie es más que nadie y nadie es nadie

ANTONIO CHICHARRO
ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE GRANADA

**Para Esteban de las Heras,
nacido en Castilla.**

Malos tiempos para la lírica, solemos oír con frecuencia, cuando en realidad los malos tiempos son para todo el cuerpo social por cierta ideología política que, dentro y fuera de nuestras fronteras, se hace reconocer en una nueva palabra puesta tristemente a circular también en nuestra lengua: ‘supremacismo’. Y digo malos por cuanto día sí día no nos llegan varahadas etnonacionalistas desde responsables políticos de América, Asia, África, Europa, Oceanía y, por desgracia, más en concreto, desde el solar ibero. En nuestro caso, desde que supimos hace meses de artículos de prensa y otros escritos subidos a una red social publicados en su día por Quim Torra, presidente vicario, dice ser, de Cataluña. Ahora bien, no resiste el análisis esa ideología y merecen todo rechazo las acciones políticas en ella sustentadas que vienen a alimentar una radical exclusión e infravaloración del otro. Por eso no voy a dedicarle ni una línea más a quienes, por lo que han dicho, escrito o hecho, se han

denigrado a sí mismos y han ofendido su humana dignidad, además de la mía propia y la de quien ahora me lee.

No obstante, en lo que sí voy a emplear estas líneas restantes es en abrirle al lector dos ventanas de palabras de dos poetas que en sus ensayos rechazaron de plano todo supremacismo y reivindicaron un adagio castellano de siglos, aquel que recuperara en tierras de Soria Antonio Machado y pusiera por escrito en un conocido discurso de los años treinta, los de la guerra, donde hace valer sin fisuras la ética de lo popular a propósito del rechazo del señoritismo y su defensa de la «insuperable dignidad del hombre». Escribía Machado lo siguiente: «El pueblo, en cambio, la conoce y la afirma [la dignidad], en ella tiene su cimiento más firme la ética popular». «Nadie es más que nadie», reza un adagio de Castilla. ¡Expresión perfecta de modestia y orgullo! Sí, «nadie es más que nadie» porque a nadie le es dado aventajarse a todos, pues a todo hay quien gane, en circunstancias de lugar y de tiempo. «Nadie es más que nadie, porque –y éste es el más hondo sentido de la frase–, por mucho que valga un hombre, nunca tendrá valor más

alto que el valor de ser hombre. Así habla Castilla, un pueblo de señores, que siempre ha despreciado al señorito».

Pues bien, volví a encontrarme escrita esta noble sentencia castellana, que con el caudal de su lengua se instaló en nuestra cultura, parcialmente usada por Gabriel Celaya en su libro ‘Poesía y verdad’ (1959). Su autor defiende allí no sólo el machadiano argumento de que el valor más alto que tiene un ser humano es el de sencillamente serlo, sino que rebaja los humos al hacer prevalecer en el lugar de cruce del yo lo común afirmando que «nadie es nadie». Esta es la cita: «Cada uno de nosotros, por viejo y eternamente comenzado, sabe que representa algo minúsculo en un conjunto de formación remota que quisiera ver encaminado hacia una obra salvadoramente común y por eso mismo, porque defiende lo impagablemente pequeño, su propia estimación, libre de soberbia o de voluntad de imperar, se convierte en un título de auténtica nobleza. Uno se respeta a sí mismo, mas no como quien idolatra su yo, sino como quien, con plena conciencia de su responsabilidad, respeta todo lo que en él no es suyo aunque en él ha venido a desembocar, ricamente fluyendo, vivamente latiendo».

Ante estos argumentos que nos avisan del valor que tiene por sí mismo cualquier individuo de nuestra especie, independientemente de su procedencia y cultura; y ponen en su sitio ese nudo de la red social que es cualquier yo –nadie es nadie– con su consecuente estimación «libre de soberbia o de voluntad de imperar», un edificio social que quiera construirse desde ideologías supremacistas no puede pasar las pruebas de resistencia de una democracia. A la postre, son buenos tiempos para la lírica.